

## La magia del dibujo.

Tengo la sensación de que estamos dejando a un lado del camino algunas cosas importantes para nuestra vida (para nuestra vida y para nuestra salud). Quizá estamos transitando a un ritmo excesivo para las posibilidades de nuestra naturaleza (deprisa, deprisa, más rápido, hoy mismo, ahora).

La velocidad es un valor asociado al éxito: al éxito profesional, al éxito económico y, si me apuran, al éxito artístico. Parece como si todos los habitantes de la galaxia hubiéramos sido poseídos por una especie de maleficio general: llegar muy pronto a nuestro destino; poseer enseguida el objeto deseado; consumir rápidamente la última novedad del mercado, y vivir el presente. Pero vivirlo con tal exigencia que lo que nos pasó ayer mismo, hoy, ya es historia. Y este maleficio, el de la prisa excesiva y la falta de tiempo, nos está afectando a todos los profesionales, incluidos, cómo no, los profesionales de la educación y de la salud.

Sin embargo, a pesar de esta característica de la vida actual, algunos profesionales de la de la educación y de la salud nos resistimos a ser cómplices (o víctimas) de los chantajes de la eficacia programada. Nos resistimos porque sabemos que esa prisa desproporcionada nos conduce a la infelicidad y al desasosiego; también, a la indiferencia y al olvido de las buenas cosas de la vida. Porque “las buenas cosas de la vida” requieren, en general, de una cierta dosis de tiempo, de tiempo lento, para que se puedan experimentar y disfrutar plenamente.

Hay muchas cosas hermosas que no deberíamos dejar aparcadas a la orilla de las "autovías" del progreso. Hay muchas cosas que, para que nos ofrezcan sus frutos, requieren práctica, habilidad y constancia. Y también requieren un recorrido individual a través de la experiencia y del ensayo. Y a una aceptación activa de los logros y los fracasos. Porque experimentar y ensayar un nuevo aprendizaje supone, inevitablemente, aprender a caminar por la “cuerda floja” del riesgo y de la aventura, aceptando que, en algunos momentos, las dificultades son invitaciones a la reflexión (crisis, cambios de sentido, reconocimiento humilde de nuestros fallos). En mi opinión, una de esas cosas que se están abandonando en los tiempos actuales es el gusto por el dibujo. El gusto por coger un papel y un lápiz, y dejar que nuestras manos y nuestros ojos jueguen por el espacio de las posibilidades.

Esta carencia creativa, que vengo observando con preocupación desde hace unos años, afecta especialmente a los niños y niñas de todas las edades (aunque también a los adultos). A veces, hacer un dibujo es una manera de conocer el mundo: el niño/a que dibuja trata de apropiarse de las cosas que ve; trata de aprehender el mundo exterior de los objetos y de las personas de su entorno: lo interroga, lo observa, lo respeta y lo reproduce en la medida de sus posibilidades. Otras veces, sin embargo, hacer un dibujo es abrir una puerta a la fantasía y a la imaginación, tratando de representar aquellas cosas que sólo son posibles en nuestro mundo interior. Y finalmente, y aunque parezca un truco de magia, hacer un dibujo es un medio para sanar alguna parte de nuestro cuerpo o de nuestra mente. Porque al dibujar dejamos que nuestras vivencias y nuestras emociones, incluso las más escondidas, puedan aparecer de pronto en el papel.

Dibujar no es fácil, sobre todo a partir de cierta edad. Ya sé que todos los niños y niñas, desde que cumplen un año y medio, aproximadamente, se inician espontáneamente en el mundo del garabateo: primero, descubriendo el simple placer de dejar una huella, la huella de su gesto (el trazo). Después, intentando jugar libremente con los grafismos para construir, mediante sus combinaciones, un alfabeto personal y decorativo. Y a partir de los cuatro o cinco años, introduciéndose en el procedimiento mágico de la representación: en esa capacidad maravillosa que tenemos los seres humanos, para retener algunos rasgos

pertinentes del aspecto visual del entorno (una flor, una casa, un animal, la cara de sus padres, un sol, un barco, un castillo...), y para trazar algunas líneas cargadas de sentido (líneas de formas objetivas, de formas personales, de formas atrevidas o de formas expresivas).

Pero un buen día, esos niños y niñas que habían disfrutado en los primeros años de su vida con el placer de dibujar, al crecer y al contagiarse progresivamente del mundo de los adultos (el de las prisas, el de la publicidad y del consumo desmedido), se van olvidando de su mágica capacidad (dibujar). Por un lado, porque el mundo exterior les proporciona otros repertorios de imágenes más apetecibles: representaciones elaboradas por los adultos para el uso y consumo instantáneo (fotos, animaciones por ordenador, películas insípidas, ilustraciones lastradas, o pantallas agresivas de videojuegos...). Y por otro, porque, al crecer, llega un momento en el que el hecho de dibujar (adquirir una cierta capacidad en el dominio de las habilidades perceptivas y motrices) necesita un aprendizaje. Y el aprendizaje necesita, a su vez, de una práctica continuada, de un cierto esfuerzo y de la orientación de un maestro/a que nos ayude a superar los momentos de crisis. Y como muchos niños y niñas no están dispuestos a recorrer ese camino, abandonan definitivamente el dibujo. Lo olvidan, como si fuera una meta imposible de conseguir o una actividad ligada a los primeros años de escolarización.

No obstante, a pesar de las dificultades y los impedimentos del tiempo que nos ha tocado vivir, me gustaría aprovechar estas páginas para hacer una llamada a la cordura (para rebelarse contra los designios del maleficio): siempre hay una posibilidad de recuperar el dibujo. Es muy sencillo: se trata, simplemente, de coger un papel y un lápiz (o bolígrafo, o rotulador); y se trata de perderse en un lugar tranquilo, en el que no se oigan ni se vean los ecos de las imágenes prefabricadas (ni ruido, ni televisión, ni videoconsolas). Un lugar en el que un niño o una niña, con su lápiz y su papel, pueda inventar (de nuevo) el mundo de las cosas buenas: la alegría de los primeros trazos infantiles, la sorpresa de los mundos creados, el placer de recrear otras imágenes (sus imágenes). Un lugar en el que pueda surgir la magia de la representación y la fantasía. Sin prisas, sin coacciones, sin objetivos inalcanzables. Sólo se necesita un papel y un lápiz para convocar a todos los objetos, personas, animales y cosas que queramos que aparezcan en nuestro espacio creativo.

**Juan Mariano Balibrea.**

Coordinador pedagógico del programa "JARABE DE COLORES".

